

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN, *Fantasmas en la niebla*, prólogo de Gustavo Martín Garzo, Sevilla, Algaida, 2009 (Algaida Poesía, 64), 117 págs.

Diego Martínez Torrón es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Córdoba y escritor, autor ya de 42 libros y reputado especialista en literatura romántica. Su obra poética anterior se contiene en dos libros precedentes: *Mirar la luna. Poesía completa 1974-2002* (Madrid, Sial Ediciones/Fugger Libros, 2003) y *Adagio al sol* (Sevilla, Algaida, 2007, Algaida Poesía, 45). Su obra narrativa en otros dos libros de relatos: *Los sueños del búho* (Pórtico de Pere Gimferrer, dibujos de Ouka-Lele, Madrid, Huerga y Fierro Editores, 1998, Narrativa, 143), y *Los dioses de la Noche* (prólogo de Leonardo Romero Tobar, Madrid, Sial, 2004).

La editorial Algaida acaba de publicar su *Fantasmas en la niebla*, que, al decir del escritor, cierra toda su trayectoria poética, al haber fallecido recientemente su mujer, que era objeto de su inspiración lírica.

Debe decirse que cuando uno ha tomado la determinación de escribir el último libro, de poner punto y final a una trayectoria, como mínimo ejerce una coherencia, una valentía en la afirmación, en la decisión irrevocable de poner punto final.

El último libro suena a última canción, a despedida. *Fantasmas en la niebla* surge ante nosotros cargado de secretos por desvelar, y los riesgos se corren, la palabra se desnuda, se despoja de lo superfluo, de lo que puede pesar, así el lenguaje se vuelve más directo, más incisivo, a veces sutil, otras demolidor (“No nos apartemos /de lo habitual, /porque entonces /van a por ti”), sin perder por ello y en otros momentos, la mayoría de ellos, un atisbo de lo lírico, de esa búsqueda perpetua de la belleza que la voz no esconde, todo lo contrario, proclama a los cuatro vientos.

Pero vayamos por partes; el posicionamiento de la voz no marca cierta distancia con la realidad cultural, sino que se implica, sobre todo en las tres primeras partes: “Salvemos nuestra cultura, /nuestras viejas librerías”. Se reivindica un mundo que quizás está abocado a dar las primeras señales serias de deterioro irreversible: “No doblemos la cerviz /ante el tópico /y la superficialidad /hacia la que nos guían...”. Sin embargo, no nos quedemos tan solo en estos instantes, cuando la voz protagonista señala y reivindica. El grueso de los poemas va por otra línea, con una existencialidad de fondo

pronunciada, fiel a la línea de los últimos libros de Martínez Torrón (“Somos / apenas /una sombra / que se llevarán /las sombras”), que no desdeña el amor, como pérdida en caliente, cuando el contacto lo representa y lo justifica todo: “Mi sien / sobre tu sien. / Y entonces / siento / latir / el universo”.

Una poesía en la que no faltan los continuos destellos en forma de pensamientos que en los versos quedan atrapados: “Hay poetas/... que nos conformamos/ con tocar/ las notas/ de un piano”.

Lo lírico es eje básico en la poesía de este libro, y el predominio es el de un tono optimista, un canto continuo a la belleza de la que se puede disfrutar con la contemplación o la experiencia.

Ese canto comienza desde el principio, con una declaración de intenciones (“Miedo a no amar, / miedo a no morir”) y permanece visible a lo largo y ancho del poemario. Hay una manifestación evidente de que se apuesta por lo vital, incluso en su fugacidad: “Si no lo escribes / el flujo del agua, / el río de la vida, / los llevará / como una hoja a ninguna parte”. Aunque la soledad, la muerte, también ocupen un lugar en este itinerario: “En último extremo / todos acabamos siendo.../ un árbol vacío, /...las últimas luces del crepúsculo”.

Esa línea vital que predomina en el poemario, salpicada muy rara vez por cierta oscuridad, declina definitivamente en la última parte, en ese epílogo demoledor, sincero, romántico, que aún así, y a pesar de lo trágico, finaliza el libro con un poema que abre la ventana a la esperanza, que da paso a los fantasmas y a lo vital que mantiene la pulsación del recuerdo caliente, lo hace pervivir por encima de lo material y lo divino.

La entrega y apuesta definitiva por la luz en detrimento de las sombras se alza como una certeza en la lectura de este poemario, broche inequívoco de la trayectoria de este autor.

ANTONIO LUIS GINÉS